

Volumen de homenaje a Salomón Lerner Febres con motivo de la celebración de sus 70 años

LA VERDAD NOS HACE LIBRES

Sobre las relaciones entre filosofía, derechos humanos, religión y universidad

EDITORES

Miguel Giusti

Gustavo Gutiérrez

Elizabeth Salmón



Capítulo 38



FONDO
EDITORIAL

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

La verdad nos hace libres. Sobre las relaciones entre filosofía, derechos humanos, religión y universidad

Miguel Giusti, Gustavo Gutiérrez y Elizabeth Salmón (editores)

© Miguel Giusti, Gustavo Gutiérrez y Elizabeth Salmón, 2015

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2015

Av. Universitaria 1801, Lima 32, Perú

Teléfono: (51 1) 626-2650

Fax: (51 1) 626-2913

feditor@pucp.edu.pe

www.fondoeditorial.pucp.edu.pe

Diseño de cubierta: Gisella Scheuch, sobre la base de la escultura *Logos*, de Margarita Checa, fotografiada por Alicia Benavides

Diagramación, corrección de estilo y cuidado de la edición: Fondo Editorial PUCP

Primera edición: junio de 2015

Tiraje: 500 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2015-08108

ISBN: 978-612-317-114-8

Registro del Proyecto Editorial: 31501361500583

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa

Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

UN FILÓSOFO CINÉFILO

Federico de Cárdenas, Filmoteca de la Pontificia Universidad Católica del Perú

En el Colegio de La Salle, regentado por los Hermanos de las Escuelas Cristianas, una orden de origen francés y que tuvo a su cargo una media docena de colegios de clase media en Lima y provincias hacia mediados del siglo pasado, existía una tradición de fin de semana: los sábados se proyectaba un largometraje para los alumnos de primaria y secundaria en el Salón de Actos. La entrada solía costar un sol y todos nos apresurábamos a pagarla, en parte porque ver una película era una promesa de diversión asegurada, pero en parte también porque aquellos que no lo hacían se quedaban resolviendo problemas matemáticos toda la mañana.

Como la mayoría de los profesores del colegio limeño eran españoles que habían vivido la guerra civil española en el bando franquista, según recuerda José Miguel Oviedo en su estupendo libro de memorias *Una locura razonable* y ratifico aquí, el himno *Cara al sol* se escuchaba a menudo en los altavoces internos durante los periodos de recreo. Tampoco resulta extraño que el menú cinematográfico sabatino tuviera preferencia por las historias edificantes de mártires y santos, del estilo de *Androcles y el león*, *Fabiola* o *La canción de Bernadette*, pero de vez en cuando se filtraba una buena comedia como *Una noche en la ópera* (primer contacto con la locura de los Hermanos Marx) o un western. Recuerdo en especial, por su contenido de frustración, una función inconclusa de *Union Pacific* de Cecil B. De Mille, en la que la duración de la cinta (algo más de dos horas) desbordó el tiempo dedicado a la proyección, la misma que fue suspendida sin remedio en el preciso momento en que un tren llegaba al rescate de otro sitiado por pieles rojas. Pude enterarme del final solo muchos años después.

También hay que decir que había casos en que la «osadía» de las películas desafiaba los estrechos límites de tolerancia religiosa de aquella época. Entonces, la rapidez del hermano Bernardo, encargado habitual de la proyección, acudía puntualmente a oscurecer la pantalla en la que los protagonistas intercambiaban algún beso juzgado poco casto o abiertamente lascivo. Pero allí mismo se armaba una batahola pues, ayudados por la penumbra, iniciábamos una copiosa protesta hecha de silbatinas y pataleos contra el improvisado censor, la misma que acababa como por encanto al encenderse bruscamente las luces de la sala.

No tengo la seguridad de que Salomón compartiera las proyecciones sabatinas y acaso cuando llegó al La Salle de Lima para cursar cuarto de primaria —trasladado desde el La Salle de Arequipa— este ciclo ya había terminado. Pero quiero creer que no fue así y que puedo situar en ellas, como en mi caso, el más lejano antecedente de su comprobada afición por el arte de nuestro tiempo.

Lo que sí puedo evocar con seguridad, porque también los compartimos, son los años universitarios en Letras y luego en Derecho de la Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP). Eran los maravillosos años sesenta y esos dos años de estudios de Letras en la Plaza Francia —todavía no convertidos en Estudios Generales— nos abrieron las puertas del saber, pero también las de nuestra común afición por la música y el cine. Como solo se tratará aquí de la cinefilia, apenas tocaré el detalle de nuestras escapadas al Teatro Municipal para seguir los ensayos de la Orquesta Sinfónica Nacional (OSN), especialmente cuando tocaba con músicos extranjeros invitados y podíamos ingresar subrepticamente a platea o galería para escuchar por pedazos el futuro concierto.

En lo referente al cine, fuimos especialmente afortunados. Se acababa de fundar por esos años el cineclub de la Universidad Católica, que ofrecía programas muy completos de películas los sábados en función vespertina en el auditorio del Colegio Champagnat de Miraflores. Fue allí que conocimos la obra de Visconti (*Livia, Puente entre dos vidas, Rocco y sus hermanos*), Fellini (*La calle, Las noches de Cabiria, La dolce vita*), Antonioni (*La aventura, La noche*), Rossellini (*El general della Rovere*), Bergman (*En el umbral de la vida, Hacia la felicidad, Secretos de mujeres*), Renoir (*La gran ilusión, French Cancan*), Becker (*Casco de oro, El agujero*), Buñuel (*Nazarín*), pero también la de Kurosawa (*Los siete samuráis, La fortaleza escondida*), Mizoguchi (*Ugetsu monogatari*), Satyajit Ray (*Pather Panchali, Aparajito*), Serguei Eisenstein (*Iván el Terrible, Alexander Nevski*), Orson Welles (*El proceso*), John Ford (*El delator, Pasión de los fuertes*) y de otros grandes maestros del cine.

Hay que decir que, entonces, especialmente si la comparamos con la de hoy, la cartelera limeña era de una variedad impresionante. No solamente era frecuente contar con estrenos de las cinematografías europeas, también pudimos ver gran parte del *Free Cinema* británico con las cintas de Tony Richardson, Lindsay Anderson y Karel Reisz y los inicios de la *Nouvelle Vague* francesa, con las de Claude Chabrol, Francois Truffaut y Jean-Luc Godard. Asimismo, las cintas del deshielo del cine soviético llegaron con puntualidad (varias de Gregori Chujrai, la primera de Andrei Tarkovski) y aun el cine japonés de Kobayashi, Shindo, Ichikawa y otros. Y, por cierto, las comedias, dramas y melodramas de Mario Monicelli, Luigi Comencini, Alberto Lattuada, Dino Risi, maestros de ese cine popular italiano por el que ambos tenemos un afecto compartido.

La evocación de esos años pletóricos de buen cine quedaría incompleta si no mencionara a tres de nuestros profesores en la Facultad de Letras de la PUCP que fueron grandes cinéfilos, los ya fallecidos Washington Delgado (inagotable cuando hablaba de Eisenstein, pero también de Laurel y Hardy) y Onorio Ferrero (al cual pude escucharle una fascinante introducción sobre el respeto por la fidelidad histórica por parte de Mizoguchi en *Ugetsu*), y el entrañable y felizmente activo Gustavo Gutiérrez, gracias a cuyo curso de Teología pudimos conocer no solo a Sartre y Camus, sino también a Ingmar Bergman y Luis Buñuel.

Con estos antecedentes, a los que habría que agregar sus años europeos, en los que coincidimos cuando él iba de Lovaina a París, y en los que tuve el placer de alojarlo algunas veces, no es extraño que debamos a Salomón dos gestos decisivos, cumplidos ambos durante su memorable decenio como rector de la PUCP, gestos que justifican largamente la deuda que todos los cinéfilos tenemos con él.

El primero, ciertamente, la creación y acogida, a nombre de la universidad, de la por entonces loca idea de hacer un festival de cine que primero nació como encuentro de cine latinoamericano y con los años —y el prestigio nacional e internacional ganado— se convirtió en el Festival de Lima. No es fácil, luego de casi dos decenios y ante la sólida realidad que es el festival, imaginar la osadía de Edgar Saba y sus colaboradores del Centro Cultural de la PUCP al plantear esta propuesta. Sin embargo, hay que decir que encontraron en Salomón un equivalente a la altura de su capacidad de soñar, alguien que les brindó el apoyo institucional y económico que requerían para despegar y luego dar el estirón de crecimiento que todos conocemos y celebramos.

El segundo gesto fue acoger el proyecto que un grupo de cinéfilos bastante ansioso —entre los que pude contarme— le llevó un día a su oficina del rectorado, y que planteaba que la Universidad Católica pudiese adquirir las colecciones y archivo de la Filmoteca de Lima, un proyecto del que sus auspiciadores se habían desentendido y que corría el riesgo de perderse, luego de años de mucho esfuerzo. Salomón entendió y compartió plenamente la idea, y así nació la Filmoteca de la Pontificia Universidad Católica del Perú, una institución conocida hoy por todos y que no solo se limita a organizar y proyectar magníficos ciclos con lo mejor de cine mundial, sino que cumple también una valiosa e insustituible labor custodiando y restaurando el patrimonio fílmico y documental del cine peruano.

Fue por ello natural que, al terminar su memorable rectorado, Salomón aceptara hacerse cargo de la Filmoteca PUCP en condición de presidente de la misma. Una responsabilidad que le viene como anillo al dedo, pues le permite ejercitar esa mezcla a partes iguales que hay en él: la de teórico y hombre de acción. De ahí que su presencia en instituciones culturales como la Filmoteca y la Sociedad Filarmónica de Lima resulte tan eficaz y reconocible.

Este testimonio, fragmentado y arbitrario como suelen serlo aquellos en los que intervienen la amistad y el afecto, quedaría incompleto sin la evocación de las exposiciones públicas de Salomón inaugurando el Festival de Lima y presentando o comentando los programas de la Fílmoteca. Hombre organizado, suele preparar con meticulosidad sus textos, y es entonces que el filósofo se une al cinéfilo para, por ejemplo, reivindicar la alegoría de la caverna en *La república* de Platón como remoto antecedente del cine, pero haciendo la salvedad de que los espectadores nos distinguimos de los habitantes de la caverna, porque las imágenes del buen cine nos transforman y nos ayudan a ser mejores y más libres.

Sin la presencia y decisión de Salomón en algunos momentos claves —hay otros que no he mencionado y que completan su actividad pública, desarrollados por colaboradores cercanos suyos en este libro— creo que el panorama cultural limeño sería distinto y sin duda se habría empobrecido. Sus aficiones más íntimas, que nos descubren al cinéfilo y melómano, revelan también su talante generoso, su gran espíritu solidario y su compromiso con la sociedad. Por todo ello, mi entusiasta adhesión a este libro de homenaje¹.

¹ Una primera redacción de este texto fue publicada en el catálogo del XV Festival de Lima con motivo del reconocimiento brindado a Salomón. La presente es una versión corregida y ampliada.